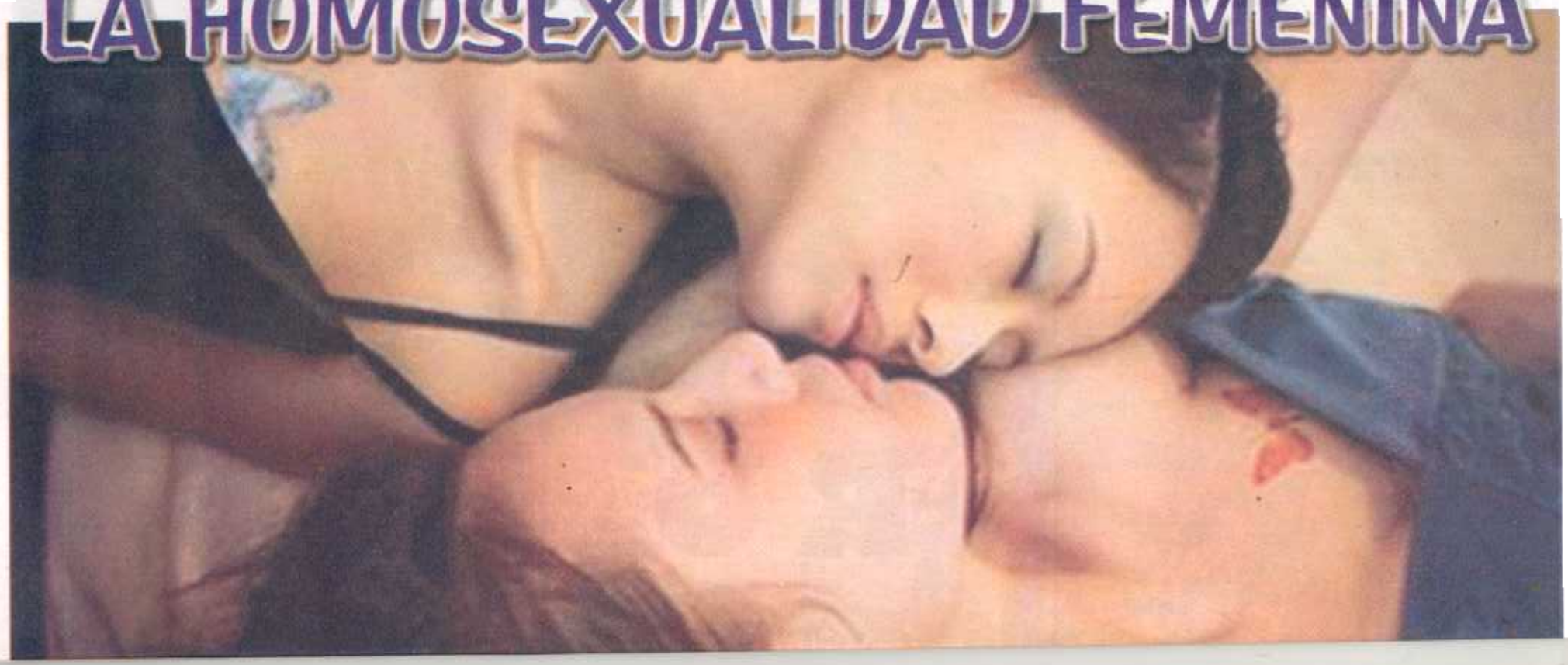
LO QUE MUCHOS DESCONOCEN DE LA HOMOSEXUALIDAD FEMENINA



sobre mujeres homosexuales.

MADRID, ESPAÑA (SEP)- Desde que en el siglo VI antes de Cristo la poetisa griega Safo adoptó el hábito de reunir a sus «amigas del corazón» en la isla de Lesbos -en la actualidad, Mitilene- para enseñarles las artes de la música, la danza y la poesía, el término «lesbianismo» recibió carta de ciudadanía. Con ella, y al correr de los siglos, también un estigma y un sinfín de malentendidos.

A LOS HOMBRES HASTA LOS MATABAN, PERO A LAS MUJERES NO

Ser lesbiana entrañaba un pecado, una enfermedad, una neurosis o, sencillamente, la locura. Quizá no tanto un delito -a diferencia de lo que ocurría con los varones homosexuales-, ya que, paradójicamente, la sociedad machista siempre tuvo tendencia a hacer la vista gorda ante los «deslices» sexuales de sus mujeres. Esto último se debe, a que esa sociedad, tradicionalmente, «despojó de su sexualidad a la mujer, la ignoró, la omitió» y como la única forma de relación sexual que los hombres sacralizan es el coito, permitieron, de alguna manera, la relación erótica entre mujeres, que no entendían y que, por lo tanto, no existía ni podía poner en cuestión los pilares del orden social.

Peor suerte corrieron los machos de orientación homosexual: durante muchísimo tiempo -y aún hoy- se los castigó con duras penas de prisión y hasta con la muerte. En la Edad Media conocieron la hoguera junto a las infelices acusadas de brujería y en tiempos de Hitler fueron gaseados en los campos de concentración al lado de los judíos, los gitanos, los enfermos mentales, los vagabundos y los minusválidos. Actualmente, se crea o no, el código penal de Uganda, Libia e Irán los condena a muerte, y en España, hasta el 26 de diciembre de 1978 en que fue derogado, el supuesto tercero de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social los hacía, automáticamente y por el solo hecho de

general, demasiados problemas para exhibir su lesbianismo públicamente: una pareja de mujeres podía pasearse por la calle cogida de la mano, tocarse más o menos desembozadamente, instalarse en un apartamento o alquilar una casa junto a la playa. No podían llamar la atención porque eran mujeres.

Además, había otra razón por la que casi siempre podían pasar inadvertidas: Las mujeres, al revés que los hombres, son educadas en la afectividad, no en la agresividad; por eso sus relaciones son menos competitivas, más serenas, más estables, y esto ha llevado a la constitución de parejas lesbianas relativamente duraderas. Sin riñas, sin violencias, sin competitividad -tan características de las parejas heterosexuales-, la relación íntima entre dos mujeres está en mejores condiciones para evitar el escándalo y, con él, que su singular situación tome estado público. . .

INFIERNO Y PARAÍSO

Además, y también por regla general, la separación entre mujeres lesbianas no implica los compromisos típicos de la pareja hombre-mujer: Cuando dos mujeres deciden romper su relación esto se hace con menos traumas: que si la propiedad del apartamento o casa, del coche, del televisor..., que quién se queda con los niños y con el perro..., todo esto, normalmente, no existe entre lesbianas, ya que ni tienen hijos, ni llegan a comprometerse en la compra de una vivienda en común. Claro que hay mujeres que hacen esto último, y que hasta comparten el perro, pero no son la mayoría. El único trauma serio que queda de estas rupturas es el lastre afectivo.

Sin embargo, no se debe idealizar. La prevalencia de la afectividad, de las características aparentemente femeninas sobre las masculinas, marca tan sólo una tendencia; no establece un hecho universal. Hay, efectivamente, parejas lesbianas idílicas, y es posible que sean -y hayan sido- mayoría. Simone de Beauvoir. En «El segundo sexo», da cuenta de una de ellas, la de una mujer célebre de

relación, la pareja lesbiana. Una y otra, por lo demás, no son estáticas, y del paraíso se puede pasar al infierno.

Dice la escritora: «El hombre y la mujer -aunque sean esposos- se hallan el uno delante del otro más o menos en estado de representación, sobre todo la mujer, a quien el macho impone siempre alguna consigna: virtud ejemplar, encanto, coquetería, infantilismo o austeridad, por lo que en presencia del marido o del amante no se siente nunca del todo ella misma».

Y continúa, entrando ya de lleno en el tema que nos interesa: «Al lado de una amiga, en cambio, ni se exhibe ni tiene que fingir, pues son demasiado semejantes para no mostrarse al descubierto. Esa similitud engendra la intimidad más absoluta. En esas uniones el erotismo desempeña, muchas veces, una parte pequeña; la voluptuosidad tiene un carácter menos fulgurante, menos vertiginoso que entre el hombre y la mujer. (...) Entre mujeres la ternura carnal es más pareja, más continua; no se sienten transportadas a frenéticos éxtasis, pero no caen jamás en una indiferencia hostil, y verse y tocarse es un placer tranquilo que prolonga a la sordina el placer del lecho».

FEMENISMO

Pero derribado el muro que separa al hombre y la mujer, lograda la «intimidad absoluta», también se puede naufragar: «La sinceridad -como concluye Beauvoir- también se paga. Como se muestra al descubierto, sin disimular ni controlarse, las mujeres se incitan entre sí a inauditas violencias. El hombre y la mujer se intimidan por ser diferentes: delante de ella, él experimenta piedad e inquietud, y se esfuerza en tratarla con cortesía, indulgencia y dominio de sí mismo; ella le respeta y le teme un poco, e intenta dominarse delante de él; cada cual tiene el cuidado de evitar el otro misterioso, cuyos sentimientos y reacciones mide mal. Las mujeres son implacables entre sí; intrigan, se provocan, se persiguen, se encarnizan y se arrastran mutuamente al fondo de la abyec-

en pocas palabras, se desencadenan baj forma exasperada».

LA IMAGEN DE LA LESBIANA

Si las mujeres no son libres de entregar libremente su cuerpo a los hombres, al hombre que eligen o desean, menos lo son de entregarlo a otras mujeres. Porque una cosa es hacer la vista gorda, y otra la ideología imperante.

Para ellas, la mujer que no ha tomado conciencia de su opresión como mujer está condenada a vivir su lesbianismo como «una cosa rara», es decir, en la vergüenza, en la incertidumbre o en la marginación. De hecho, evidentemente, hay muchas más mujeres lesbianas de las que desechan conscientemente la posibilidad de cualquier militancia, que las alrededor de cien que frecuentan las reuniones de ese tipo.

SALIR A LA SUPERFICIE

En contra de esta «salida a la superficie», de este «dar la cara», conspira otro elemento ideológico, a saber, la imagen estereotipada y grotesca que se tiene de la mujer lesbiana. Se cree, en efecto, y de acuerdo con una mala literatura, que las homosexuales femeninas son «marimachos» en toda la regla. En este terreno, existe una imagen equivalente en el homosexual varón: la del «mariquita», la del hombre afeminado. Sin embargo, como afirma la moderna sexología, «los homosexuales no existen; lo que existe es la homosexualidad». Con lo -que se quiere expresar que no existen «tipos» de lesbianas, como tampoco existen «tipos» de homosexuales machos. Y las lesbianas, por qué no, pueden aproximarse a la imagen trillada del «macho con faldas», a condición de que también se acepte la imagen contraria: la de una mujer con todos los convencionales atributos de la feminidad. Esta es la opinión del doctor Alberto García Valdés, autor de un libro sobre el tema, «Historia y presente de la homosexualidad».

LUCHAR EN TODOS LOS FRENTES

Se reacciona justificadamente contra el prejuicio que quiere ver en muchas lesbianas a mujeres insatisfechas de su «papel femenino» y que aspiran a los valores masculinos, entre ellos los de poder. «Posiblemente en el seno de una pareja de mujeres, una de las dos pueda imperar sobre la otra por alguna razón: por ejemplo, una mayor cultura, una mayor edad, una mayor experiencia. Pero esto no tiene por qué desembocar forzosamente en relaciones de dominación, en la representación de un rol masculino y otro femenino.

En todo caso, una superioridad de este tipo estará equilibrada por el hecho de que ninguna de las dos dispone del patrimonio de la fuerza (una mujer difícilmente le pueda pegar a la otra, sin posibilidad de respuesta), ni tampoco del trabajo, ya que, normalmente y hoy sobre todo, las dos se ganan la vida por su cuenta.»

Feministas al fin, lo que cuestionan las lesbianas por encima de cualquier otra cosa son esas relaciones de dominación que, abundantes en la pareja heterosexual, se pueden transmitir como por ondas concéntricas a la pareja lesbiana, si éstas, al igual que sus pares heterosexuales, no están provistas de una ideología de «contestación».

De aquí que se ponga especial énfasis en subrayar la definición de la relación lesbiana como «una relación erótica, afectiva, sentimental, entre dos mujeres, muy conscientes de que lo son». La conciencia de «ser mujer» aleja, por una parte, la tentación de caer en el despotismo de los machos, y, por otra, acerca a las lesbianas a las otras mujeres en su lucha contra ese mismo despotismo.

Enfrentadas a la sociedad que las oprime -o las «ignora», lo cual es otra forma de opresión-, las lesbianas deben luchar en todos los frentes: no sólo en el de la sociedad global, sino también en el del propio feminismo, para ser aceptadas como son, y en el de sus compañeros más próximos, los homosexuales varones. A las feministas no siempre les es fácil aceptar como sus iguales a mujeres «diferentes», y los homosexuales, muchas veces, son herederos de los prejuicios machistas, por los cuales desprecian o se burlan de las mujeres en general, incluidas las lesbianas.

Su lucha, en todo caso, parece estar avalada por las últimas investigaciones científicas, en todos los terrenos, el de la medicina, la biología, la psiquiatría, etcétera. La ciencia ha disipado, al fin, el último malentendido: el que temerariamente las consideraba como «enfermas». A tal título, las lesbianas eran carne ideal de médicos, psicólogos y psiquiatras. Pero las cosas, ahora, han sido puestas en su lugar. Como concluye el doctor García Valdés: «Se puede afirmar que existiría una cierta capacidad al nacimiento para la conducta homosexual en todos los individuos, diferentes de unos a otros, que después, mediante el aprendizaje, se diluye o se refuerza».

La llamada de Eros. La única sexualidad no es la de la cópula y el contacto físico se enriquece de nuevos matices. (SEP)

Sin falsas vergüenzas: una pareja de lesb nas se muestra tal como es y con alegría vivir. (SEP)